

Capítulo 6

*María del Carmen Lambruschini*¹

Único, como tantos **Leandro** (7 años)

¹ Dirección electrónica: mdclambruschini@yahoo.com.ar

I. Leandro y su mamá

Conocí a mi primer paciente niño, al que llamaré Leandro, hace seis años, en una de las reuniones de psicoanálisis multifamiliar² que, por entonces, se llevaban a cabo los días sábados en el Centro Psicoanalítico de Estudio y Asistencia (CPSEA). Yo concurría como psicóloga; esa actividad integraba mi formación de posgrado. Leandro vino con su mamá y su abuela, que habían sido derivadas por una colega de otra institución. Luego de un par de reuniones, el equipo coordinador decidió derivar a tratamientos individuales a Leandro (conmigo) y a su mamá (con otra psicóloga de la institución).

En el momento de su llegada a terapia, Leandro tenía siete años. Su mamá, Oriana, consultaba por los problemas de conducta que él tenía en la escuela y que habían obligado a cambiarlo de colegio.

Desde la primera entrevista que tuve con su mamá, comenzaron a aparecer diferentes problemáticas en relación con la vida familiar. Casi sin prestarle demasiada importancia, Oriana relató que ese año su hijo había comenzado a indagar mucho sobre su papá.

Me enteré entonces de que Leandro no conocía a su papá, que no sabía que era hijo de Bruno, quien había sido el novio de Oriana en su adolescencia. Se habían distanciado cuando

² El trabajo con un grupo de psicoanálisis multifamiliar que se realiza en CPSEA está detalladamente descrito en el libro *En los límites de lo posible*, de Domingo Boari y Olga Inés Pon, Ediciones Biebel, Buenos Aires, 2011. En la actualidad (2013), las reuniones tienen lugar los días lunes, y si bien los integrantes y los temas han ido variando —la problemática principal ya no es la discapacidad intelectual—, el grupo lleva ocho años ininterrumpidos de labor.

ella quedó embarazada y antes de que Bruno se enterara del embarazo.

Quien la cuidó y acompañó durante la gestación fue Benito; Oriana se refugió en sus brazos y él le otorgó el apellido a Leandro. Pero la relación no prosperó y al año se separaron; a pesar de ser quien le había dado el apellido, no volvieron a tener contacto entre ellos.

En el momento de la consulta, Oriana se encontraba en pareja con Willy desde hacía tres años; Leandro se llevaba muy bien con él y compartían con gusto muchas cosas. Pero Leandro no dejaba de preguntar sobre su papá y Oriana se angustiaba mucho al no saber qué contestarle. No se animaba a decirle la verdad y venía esquivando la respuesta diciéndole que su papá estaba de viaje. (Un largo viaje, pensé yo).

2. Leandro y su familia

La historia familiar de Leandro tenía otros condimentos que se añadían a la incertidumbre sobre su papá. Fue criado por sus abuelos maternos –Josefina y Joaquín– ya que Oriana trabajaba durante todo el día y, luego, sufrió unos ataques de angustia que la obligaron a estar internada por un tiempo. Solo cuando Leandro comenzó la escuela primaria ella intentó hacerse cargo de su crianza.

Vivían en una casa grande todos juntos: los papás de Oriana, los hermanos con sus parejas e hijos, Oriana con su novio (que se quedaba algunas noches) y Leandro. Como es de imaginar, al convivir tantas personas en la misma casa no había mucho orden ni delimitaciones de roles familiares; estaba todo más bien mezclado, no había rutinas, ni acuerdos, ni reglas, ni horarios; cada uno hacía o dejaba de hacer a su antojo o, más probablemente, según sus posibilidades.

Dentro de ese contexto familiar, Leandro buscaba modelos; imitaba mucho a uno de sus tíos en su manera de vestir, de cortarse el pelo, de caminar, de hablar, etc. Ese tío, muy querido por él, se llamaba Joaquín, como el abuelo. Con él jugaba, compartía el gusto por dibujar y solía salir de paseo, pero desde hacía un par de meses había perdido la cercanía, ya que Joaquín debió ser internado en una granja de rehabilitación por su consumo excesivo de drogas y alcohol.

3. Leandro y yo

De las tantas cuestiones que fuimos trabajando a lo largo del tratamiento con Leandro, en esta oportunidad intentaré centrarme específicamente en la “problemática paterna” –por darle un nombre–, en la que englobo no solo sus dudas con respecto a quién era su papá, con todo lo que esto conlleva, sino también quiénes fueron sus modelos identificatorios, quiénes ocuparon ese lugar “vacío” a lo largo de sus siete añitos, y cómo esas personas aparecían y desaparecían en su vida.

Desde la sesión inicial Leandro puso en primer plano la incertidumbre que tenía en relación con su papá. Jugando con unos dados con letras escribió PAPÁ - JOAQUÍN - RACING. Yo leí “papá Joaquín” y él me corrigió diciendo que era su tío Joaquín, cambió las palabras y escribió TÍO. Me describió que se llevaba bien con él, pero que “a veces es muy bruto, me hace cosquillas y no para”. Me explicó que, en su casa, la mitad era de Independiente y la otra mitad era de Racing, y que él era de Racing como su tío. Luego escribió WILLY, yo le pregunté quién era y me respondió que era el novio de su mamá, pero que en ese momento estaban peleados.

Analista: –¿Cómo te enteraste de que se pelearon, te contó tu mamá?

Leandro: –No, en casa hay cosas que no se dicen, te enterás solito.

Siguiendo con la línea de pérdidas de personajes significativos, hablamos de la reciente separación de sus abuelos y de la tristeza que a él le provocó la partida de su abuelo de la casa.

Posteriormente realizó tres dibujos: en el primero dibujó una casa, pintó el cielo negro, relámpagos y lluvia. En el segundo hizo un chico en patineta al cual nombró Joaquín, le pintó un cielo celeste, el arco iris y el sol, y también le agregó una llovizna leve. En el tercero diseñó otro chico, lo nombró Willy y le pintó un cielo verde.

Podemos suponer que en su primera sesión Leandro puso sobre la mesa todas sus preocupaciones: los hombres importantes de su vida con los que se había identificado (su abuelo, su tío, el novio de su mamá), las peleas, las ausencias y los secretos familiares, las cosas que se decían y las que no se decían. Todo un programa de trabajo.

El vínculo conmigo en el tratamiento se afianzó rápido; Leandro venía contento, quería hacer muchas actividades, se angustiaba por el paso del tiempo, le costaba irse, preguntaba si podía venir más veces por semana. Yo me quedé gratamente sorprendida por la claridad con la cual transmitía lo que le pasaba y por la manera en que expresaba –colaborando de manera activa– sus ganas de que lo ayudase.

En una de las sesiones, presentó en dibujos a diferentes personajes y me habló de uno de sus primos con el que hacían salidas juntos; agregó que ese primo tenía un padrastro.

–Yo no tengo padrastro, mi papá no está conmigo.

En otra oportunidad armó una obra de títeres; representaba a dos personajes en una pelea.

—¿Por qué me peleás?

—Porque me robaste a mi hijo.

—No, yo no fui.

—Sí, fuiste vos, devolvémelo.

Pelearon hasta que el segundo personaje recuperó a su hijo. Luego volvieron a pelear y agregó un tercer personaje, el hijo.

Analista: —¿Son dos mujeres las que pelean?

Leandro: —No, un varón y una mujer.

La pelea continuó con el hijo de por medio y este sufrió algunos maltratos.

Por intermedio de los títeres, Leandro parecía estar desplegando su fantasía de haber sido robado, su fantasía de una lucha entre sus padres por él y de que él era quien salía más damnificado en este combate.

En otra sesión le propuse un test y en una de las pruebas aparecía un hada a la que él podía pedirle tres deseos. Los expresó así:

1. Que mi papá sea Viloni (personaje de TV, un luchador que gana todas las peleas).
2. Quiero que mi mamá encuentre a mi papá que estuvo con ella.
3. Que sea feliz toda mi familia.

Leandro: —Yo no lo conozco a mi papá, me gustaría mucho conocerlo, mi mamá lo está buscando.

—¿Cómo te imaginás que es?

—No sé, ojalá sea igual que yo.

—¿Hablás con tu mamá de eso?

—No.

Hasta aquí vemos aparecer en pequeños fragmentos su preocupación y su angustia por no saber, y la idealización del padre desconocido como alguien que lo va a venir a salvar. También aparece una mamá que piensa en él, en la necesidad que él tiene de saber de sus orígenes, de tener un papá y, por sobre todo, de saber de él.

En una reunión con Oriana y con su abuela Josefina, ellas expusieron su inquietud acerca de qué decirle a Leandro sobre su papá, si le decían o no la verdad, o qué mentira les convenía inventar, ya que les parecía que la que estaban sosteniendo no podría durar mucho más tiempo. Les pregunté si Bruno (el papá biológico) estaba informado de que tenía un hijo y me comunicaron que sí, que cuando Leandro tenía dos años lo encontraron de casualidad en un supermercado y se lo presentaron; él lo saludó y prometió llamarlos para coordinar un nuevo encuentro, pero nunca más se puso en contacto.

En una de las sesiones posteriores a esa reunión, Leandro comentó sobre su preocupación por su tío Joaquín, que estaba internado. Nos pusimos a jugar a las cartas y lo noté triste.

Analista: —Te quedaste preocupado, ¿qué te quedaste pensando?

—En mi papá.

—¿Sabés algo?, ¿hablaste con mamá?

—No.

—¿Escuchaste algo?

—Sí, escuché a mamá hablando con la abuela.

—¿Qué decían?

—Que todavía sigue de viaje.

—¿Te gustaría verlo?

—Sí.

—Y si pudieras encontrarte con él, ¿dónde te gustaría que sea?

—No sé, en un supermercado.

Me llamó la atención el lugar que eligió; pensaba que no debía ser casual, y lo noté tildado.

—¿En qué te quedaste pensando?

—Estoy tratando de recordar a papá.

—¿Cómo recordar?, ¿lo viste alguna vez?

—Sí, pero hace mucho.

Luego cambió de juego y no quiso hablar más sobre el tema.

Podemos suponer que aquí se produjo un quiebre. Ya no era una mera ilusión del papá que tendría o que quisiera tener; sino que apareció el recuerdo; es como si se le hubiese permitido desbloquear un recuerdo que estuvo guardado (reprimido) a partir del momento en que su mamá y su abuela lo pudieron contar, poner en palabras; en que habilitaron el secreto, aunque no se lo hubieran contado directamente.

4. Leandro y su papá

Un par de meses después, su mamá logró contactar a Bruno y acordaron reunirse. Leandro finalmente pudo conocer a su papá. El primer encuentro duró unas cuantas horas,

hubo muchos besos, abrazos, Leandro se mostró muy cariñoso, estaba feliz. Su papá le pidió disculpas por no haber estado durante todo ese tiempo en que “estuvo de viaje” y prometió volver para quedarse.

En las sesiones siguientes Leandro relató feliz el primer encuentro con su papá; también contó de otro día en que fueron a la cancha, que su papá era de River y que él se había cambiado de equipo; cantaba canciones futboleras contra Boca que había aprendido en la cancha. Me mostró que se sabía atar los cordones porque le había enseñado su papá.

Pienso en lo importante que fue para este niño ir anudando y desanudando parte de su historia, los mitos y el encuentro con su propio origen.

Leandro: –¿Es verdad que las estrellas son más grandes pero las vemos chiquitas?

–Sí.

–Me lo enseñó mi papá.

Las sesiones se llenaron de relatos de sus encuentros con Bruno: salieron a tomar un helado, caminaron juntos, lo fue a ver jugar al fútbol, etc.: pero al mismo tiempo tenía momentos en que su felicidad se veía opacada.

Analista: –Te noto preocupado; ¿en qué pensás?

–Estoy preocupado, ¿qué pasa si papá y Willy se encuentran?

–No sé, ¿vos que pensás?

–No sé.

–¿Vos pensás que a Willy le puede molestar que vos hayas conocido a tu papá?

–Sí, un poco.

Aparecieron aquí sus miedos a tener que elegir, el hecho de no poder compartir su alegría por sentir que una persona viene forzosamente a reemplazar a la otra, su fantasía de que en el rol de padre hay lugar para uno solo.

Luego de un tiempo la relación con su papá comenzó a disiparse, y Leandro registraba el cambio. Un día me contó con tristeza que hacía tiempo que no lo veía ni hablaban por teléfono. Me contó también que extrañaba a su abuelo —desde la separación con la abuela no lo veía con tanta frecuencia— y que su tío “fuma cosas que no debe y que le hacen mal”.

Surge aquí una tríada de personajes —su tío, su abuelo, su padre— que “se esfuman” de su vida por diferentes razones. Y efectivamente, poco después, como por arte de magia, su papá volvió a desaparecer. Oriana se culpabilizó por su desaparición; le pareció que, en lo que terminó sucediendo entre Leandro y su papá, se habían mezclado cosas de ellos, los adultos.

Por un largo tiempo, Leandro comenzó a mostrarse muy agresivo en sus sesiones, sobre todo mientras refería su tristeza porque su papá no lo llamaba y no lo iba a visitar, o porque extrañaba a su abuelo, o porque empezaba a registrar el porqué de la internación de su tío.

Con el pasar de las sesiones su violencia fue desapareciendo, pasó a ocuparse de estudiar y pasar de grado, en sus juegos emergió la construcción de castillos, casas, fortalezas; comenzó a guardar prolijamente sus cosas en la caja, compartía los juegos, no hacía trampas, etc. Hablaba de su papá con tranquilidad, sin enojo; se diría que se había conformado con el solo hecho de haberlo conocido.

Pero cuando parecía que de a poco podía comenzar a aceptar los sucesos de su realidad, se inició un período en el

cual Leandro no tuvo respiro. Su buen período anterior fue como la calma que antecede al huracán. En su casa las cosas se volvieron a complejizar, no había tranquilidad ni seguridad, su abuela amenazaba con echar a sus hijos todo el tiempo, él quedaba otra vez atrapado en el medio, teniendo que elegir con quién quedarse; y toda esta situación lo angustiaba mucho.

En las sesiones fue mostrando diferentes estados de ánimo; tenía momentos regresivos en los que se presentaba como chiquito, se chupaba el dedo, se hacía el tonto, el que no entendía; otros, de mucha violencia, desorden y ruptura de juguetes cuando estaba triste, angustiado y con rabia.

Cabe formular la hipótesis de que usaba la agresividad como sustituto de la angustia, y la violencia como recurso frente a su impotencia. La angustia y la impotencia eran más que entendibles ante la falta de contención y de seguridad que debía de haberle provocado la presentación de modelos de identificación muy endebles y frágiles, que aparecían casi de golpe y que se borraban sin dejar rastros.

Junto con toda su “problemática paterna” se ponía en juego también su futuro en la escuela; se acercaba fin de año y Leandro corría el riesgo de repetir el grado si no rendía bien algunas materias. Era comprensible que su rendimiento no fuera del todo bueno con tantas “otras cosas” que ocupaban su cabeza. Finalmente, con mucho esfuerzo y el acompañamiento de una maestra particular comprensiva y afectuosa, logró pasar de grado.

Al comenzar un nuevo año escolar, Leandro se mostró más conectado con el estudio, se hizo de un grupo lindo de amigos, aparecieron en primer plano las chicas —las que le gustaban y las que gustaban de él—, se convirtió en un chico muy popular entre sus compañeritos...

En las sesiones, empezó a aparecer su preocupación por el dinero. Quería ser grande para poder trabajar, quería jugar apostando dinero, se comparaba con sus amigos, se preocupaba por la ropa, las marcas, el tener. También surgieron las incertidumbres acerca de su crecimiento y de lo sexual; armaba muñecos de plastilina con penes grandes y luego le daba vergüenza. Afloraron también dudas relativas a “ruidos raros” que escuchaba en su casa a la noche, ruidos en la habitación de su mamá, dudas sobre lo íntimo, lo privado, lo prohibido.

En su casa se mostraba desbordado, insultaba mucho, no respetaba a nadie, no obedecía ningún límite y tuvo episodios de enuresis. Es como si hubiese tenido que hacerse grande de golpe; sus fantasías sexuales se hicieron presentes acompañadas de estímulos que no estaba en condiciones de elaborar ni de contener.

Trabajamos mucho el tema de sus espacios, sus secretos, sus dudas, su intimidad, intentamos ordenar horarios, rutinas, límites.³

³ Sería difícil y muy extenso describir cómo es el trabajo con cada tema dentro de un tratamiento. A modo de ejemplo, digamos que el tema de sus espacios y su intimidad fue tratado tanto en las sesiones individuales con Leandro como en las reuniones con Oriana o en las sesiones vinculares. En las sesiones individuales, a través del armado de “su caja”, donde guardábamos lo que íbamos produciendo en sesión “caja a la que le fue otorgando cada vez mayor valor y cuidado”; mediante la construcción de casas y fortalezas con paredes y muros que dividían lo privado y lo público; por intermedio de juegos que le permitían desplegar sus fantasías y sus pensamientos propios. En las reuniones con la madre o en las sesiones vinculares, planteamos cuestiones concretas sobre la intimidad en lugares como el baño y la habitación, el hecho de cerrar la puerta de la habitación, no dormir en la misma cama, etc.

La violencia fue disminuyendo, las cosas empezaron a ordenarse y de golpe, ¡zas!, un día, luego de un año y medio de tratamiento, sin previo aviso, dejaron de venir, “desaparecieron”. Los esperé una vez, dos veces, tres, los llamé y no atendieron. Me hicieron sentir en carne propia el abandono, esa sensación de impotencia que seguro sintió Leandro frente a la desaparición de su abuelo, su papá, su tío.

En la última sesión antes de su partida, Leandro —*como si presintiera la despedida*— había traído para mostrarme todo lo que consideraba más importante para él: algunos dibujos, una medalla, sus cartas, sus revistas y un álbum de figuritas. Esos eran sus objetos valiosos, íntimos, que él cuidaba mucho y quería compartir conmigo.

Con esta forma de terminar el tratamiento, no solo quedaba abandonada yo, sino también Leandro y este espacio tan importante. Quizás sin darse cuenta, su mamá volvió a repetir la historia de abandonos, apariciones y desapariciones de las personas a las que Leandro les fue tomando cariño y confiando sus secretos, aquellas con quienes se identificó y fue construyendo su yo.

Pasado un par de meses, intenté contactarlo con la intención de no repetir esta historia de desapariciones en su vida. Logramos comunicarnos por teléfono y a partir de entonces él también pudo llamarme cuando se encontraba muy angustiado o asustado; hablamos para las fiestas y nos escribimos un par de mails. Pienso que esto lo ayudó a crear un registro diferente, porque no se produjo una ruptura permanente del vínculo, sino que, por el contrario, se mantuvo una continuidad. Es dable imaginar que eso le debe de haber dejado una huella de mayor seguridad y confianza, y es posible que le haya servido como ejemplo para luego ponerlo en práctica con otras personas.

5. Leandro y yo, otra vez

Casi dos años después retomaron el tratamiento. En esa oportunidad, a la entrevista con los padres concurren Oriana y Willy. El motivo volvió a ser el mal comportamiento de Leandro en la escuela acompañado de intentos de robo de dinero o de golosinas en los kioscos.

Se puede pensar que su mal comportamiento era su grito desesperado para que lo escuchen, lo miren, lo cuiden, lo mimen, lo traigan a tratamiento.

En esos dos años se afianzó su vínculo con Willy, conoció a toda la familia de él, compartieron muchas actividades, hablaron de la sexualidad, se fueron juntos de vacaciones. Willy lo acompañaba y lo iba a buscar a la escuela, iba a las reuniones de padres y a las entregas de boletines, lo ayudaba a hacer los deberes y a estudiar. En gran medida, hacía bien las veces de padre.

Su lazo con Willy perduró en el tiempo más allá de las idas y vueltas de la relación amorosa entre Willy y Oriana; aunque ellos estuvieron peleados, Willy seguía visitando a Leandro todos los fines de semana y salían a pasear juntos.

En esta segunda etapa hubo dos sesiones muy llamativas en relación con su “problemática paterna”.

La primera fue a un año de haber comenzado el tratamiento por segunda vez. Me contó que, a raíz de la muerte de la mamá de una compañerita, en la escuela estuvieron llorando mucho y recordando a familiares muertos. Él recordó a su papá, sus encuentros, las ilusiones que se forjó y luego el abandono. Con sus compañeritos se dijeron que se querían mucho y prometieron seguir viéndose cuando fueran grandes.

Al finalizar la sesión contó un par de chistes verdes que le había enseñado su papá.

Dos meses después, en una sesión en que estábamos conversando de sus paseos y salidas con Willy, me dijo:

–Tenemos que hablar de Willy. El otro día le pedí que me fuera a buscar a la escuela temprano y se durmió y fue tarde, yo me enojé mucho, tenía miedo de que no llegara nunca y que desapareciera como mi papá.

Agregó que su papá había prometido ir a buscarlo para salir juntos a pasear y presentarle a sus abuelos paternos, pero nunca llegó.

Luego hablamos de la llegada de las fiestas y que quizás en esa oportunidad no la pasaran en familia como siempre, posibilidad que lo angustiaba mucho.

En estas sesiones Leandro mostró su crecimiento, el duelo que pudo hacer en relación a la figura del padre y cómo esto dio lugar a un acercamiento más sincero con Willy, aunque su miedo a un nuevo abandono seguía presente.

Este segundo período del tratamiento duró cerca de un año y medio. En él incluimos más asiduamente a Oriana y Willy en sesiones vinculares, y mantuvimos también contacto telefónico con Leandro cada vez que él lo consideraba necesario porque se encontraba triste o angustiado.

Su crecimiento se vio reflejado en sus juegos y en el uso cada vez más frecuente de la palabra; le gustaba hablar mucho de las cuestiones que iban sucediendo y cada tanto teníamos sesiones en que se recostaba en el diván y se sumergía en sus asociaciones libres. Los problemas de conducta en la escuela disminuyeron de manera notable y, por primera vez, pasó de grado sin tener que rendir materias. Ya tenía doce años y pronto comenzaría su último año en la escuela primaria.

A la última sesión Leandro vino acompañado por Willy,

ya que su mamá había cambiado de trabajo y se le hacía difícil articular los horarios.

En esta segunda oportunidad conversamos sobre el final del tratamiento por la imposibilidad de que alguien lo acompañara en forma continua. Él agendó mi teléfono y el de CPSEA y quedó en claro que las puertas quedaban abiertas y que iba a ser bienvenido cuando deseara y pudiera volver.

6. “Somos mucho más que dos...”⁴

El trabajo con niños es una tarea ardua pero fascinante. Nos obliga a considerar y descifrar todas las formas de expresión de los chicos: no solo sus palabras, sino también sus silencios, sus juegos, sus dibujos y sus más variadas conductas.

Implica, además, trabajar con los padres. Una de las mayores dificultades es que parte de lo que les pasa a los chicos se entrelaza con el contexto. Ese ingrediente, que complejiza la tarea, la hace también más interesante, porque posibilita la inclusión vincular en el tratamiento.

En el caso de Leandro, conté con la enorme colaboración de él, pero sin duda no éramos solo nosotros dos. Tanto Oriana como Willy, pese a todas sus complicaciones, aportaron muchísimo para ayudarlo: respetaban los horarios de sesión, cumplían con las asistencias, participaban en las reuniones de padres y en las sesiones vinculares, intentaban cambiar costumbres perniciosas, se interesaban por todo lo que lo afectaba a Leandro, etc.

⁴ Del poema “Te quiero”, de Mario Benedetti.

Conté también con la ventaja de trabajar en el ámbito de una institución que me ofreció un marco de gran contención para mi trabajo, sobre todo considerando que fue mi primer paciente niño. Los profesores, los supervisores y los compañeros de formación de posgrado hicieron que durante la tarea no estuviéramos allí Leandro y yo solos.

Y una última reflexión que deseo compartir con el lector que siguió este relato. La historia de Leandro, tan privada, personal y única como la de cualquiera de nosotros, está atravesada por dolores que nos conmueven. Pero más aún conmueve saber que son tantos los chicos que viven historias únicas, tan diferentes y, al mismo tiempo, tan similares a la de Leandro.